

En la iglesia del Buen Pastor el día 9 de Marzo de 1910.

POR LOS HÉROES DE MELILLA

LAS HONRAS FÚNEBRES



SEGURAMENTE, nunca hasta el día 9 del corriente se había celebrado en San Sebastián un acto tan severo, tan solemne, tan majestuoso, de la calidad del que nos ocupa.

La Junta de Damas, iniciadora y organizadora, bien puede sentirse orgullosa del brillantísimo homenaje que rindió San Sebastián á aquellos valientes que en el Rif supieron derramar á raudales su sangre generosa, en defensa del honor de la Patria.

El templo del Buen Pastor, donde las honras fúnebres iban á verificarse, estaba adornado con un exquisito buen gusto, una sencillez y un acierto, que denotaban la mano de un artista.

Un sencillo y poético túmulo que en el centro se elevaba, traía á nuestra memoria la tumba de aquellos bravos que en tierra inhospitalaria, que sus despojos hacen sagrada, descansan, después de haber cumplido como buenos hijos de España. Sobre la tumba, la Cruz, simbolo de nuestra Religión; una cruz blanca, de brazos extendidos, cobijaba, amorosa bajo ellos, aquel pedazo de Patria, que nunca deberá ser mancillada ya, sin que á nuestra faz asome el rubor de la vergüenza.

Junto á la cruz, un cañón; entre la cruz y el cañón la bandera de la Patria; el emblema sagrado que juraron defender hasta morir, los que bajo sus pliegues benditos reposan; la bandera, si no siempre victoriosa, jamás escarnecida; la bandera que paseó orgullosa por un mundo, al que dió vida y civilización.

Rodeando el túmulo, más trofeos militares; y formando guirnal-
das de luces, los cubos de nuestras bayonetas. Una decoración sobria,
pero artística; sencilla, pero que entraba en el alma.

Su autor merece sinceros plácemes, que no hemos de regatearle,
porque en él hay un artista y un patriota.

En bancos perpendiculares al presbiterio, tomaron asiento nume-
rosas representaciones de la Diputación y del Ayuntamiento con sus
presidentes; todos los jefes y oficiales de la guarnición de San Sebas-
tión, llevando al frente al Gobernador militar general Chac n y al
comandante de Marina Sr. Escoriaza; los señores catedráticos del Ins-
tituto; la Audiencia; los señores Maestranteros residentes en ésta; los
Juzgados; Delegación de Hacienda; representaciones de todos los Cen-
tros, Sociedades, etc., etc., y un público numerosísimo, imponente,
que llenaba por completo las amplias naves del templo y en el cual
dominaban las señoras.

Una compa a de Sicilia, con bandera y música, se situó en la
plaza del Buen Pastor para hacer los honores.

La ceremonia religiosa, severa y solemne, como correspondía al acto
luctuoso que se verificaba, comenzó á las diez y media, y en la misa
de *Requiem* ofició el Prelado de la diócesis, monseñor Cadena y Eleta.

La oración sagrada estuvo á cargo del Religioso Carmelita P. Lu-
dovico, cuya fama quedó el día 9 del actual cimentada.

El P. Ludovico,   juzgar por su sermón que nos ocupa, es tal vez
el mejor orador sagrado con que en la actualidad cuenta la Iglesia, en
España.

Con acento viril, con elocuencia verdaderamente arrebatadora,
inspirando su oración en el más grande y más puro patriotismo, su
discurso fué un canto   la Patria.

ELOCUENTE ORACIÓN

CONSTANTES EFECTIS SUN

: : ET PROPATRIA MORI : :

(2 Mach., cap. 8, v. 21.)

Excmo.   Ilmo. Sr., Sres. Excmos., Señores: No los miramientos
que exige la modestia sino el pleno convencimiento que tengo de mi
insignificancia, me dictan la primera palabra que he de pronunciar en
esta solemnidad, que es grandiosa por su objeto, imponente por el

concurso de lo más noble y de lo más culto y distinguido de esta ciudad, poética por ser iniciativa de las señoras que han sabido dar á este acto vuelos de gran acontecimiento en la rica perla del Cantábrico.

Señoras: Lo confieso ingenuamente; me habéis puesto en una de las circunstancias más difíciles de mi vida; *la Patria y sus mártires*. Ante esta idea, la más grande, después de la de Dios y sus héroes, ante este pensamiento, mirado al trasluz de lo infinito en el Santuario, siento mi poquedad y sucumbiría en mi espíritu al peso de la majestad y de la grandeza de esta idea, si el amor a esa bandera que simboliza mi fe y mi Patria, no me recordase que en las sublimes concepciones del genio, las sombras tienen una misión noble y digna. Con sus penumbras hacen resaltar la grandeza de la figura, lo soberbio del paisaje, como el hombre en su débil polvo, en su debilidad, según magnífico pensamiento de San Pablo, hace realzar el talento, la soberanía y grandeza infinita de Dios.

La Patria y sus mártires..... Á esa página gloriosísima de la moderna historia militar de nuestra Patria, yo quiero poner la sombra de mi palabra, para que resalten más la gloria de nuestro Ejército, siempre heroico, siempre fiel á su Dios, á su Patria y á su Rey.

La culta sensiblería de un siglo sin fe, pondría una corona de flores sobre la tumba de los que murieron en el histórico barranco del Lobo, sobre el sepulcro de los que en la campaña de Melilla han rubricado con su sangre la gloria de nuestro Ejército.

Pero una flor..... la marchita el tiempo. Quiero hacer algo más grande. Como sacerdote quiero orar sobre la tumba del soldado muerto por la Patria, pero antes he de hacer la apología de la espada, que no me sería lícito honrar las cenizas del que muere en el campo de batalla, si, como se ha dicho, los soldados son los verdugos y asesinos de la Humanidad.

¡Oh, la inspiración! Pocas veces la he deseado tanto como ahora. Un detalle hermosísimo de esta solemnidad fúnebre, me ha sugerido el pensamiento que expondré en esta oración.

Estas honras por los mártires de la Patria ¿quién las ha iniciado? Las señoras, excelentísimos señores, las señoras. Ellas ostentan una representación gloriosa, que ninguna civilización noble les ha discutido jamás, ni se la ha discutido la Religión, ni el Arte, ni la Filosofía, ni la Historia. Las señoras son el corazón, el amor, y el amor es la

libertad (Lacordaire). El corazón, pues, el amor, la ternura, la libertad, ha convocado en un mismo acto solemne, grandioso en el Templo, á la más alta representación de la Iglesia en esta Diócesis, y de la milicia y del Gobierno y de la Magistratura en esta región, á las Excmas. Corporaciones, Diputación provincial y Ayuntamiento, al dignísimo Cuerpo consular, al Claustro de profesores del Instituto, á la grandeza, á los nobles, á todo donostiarra y á toda alma que sabe sentir por la Patria. Y con el lenguaje de la fe y del amor han dicho: «Honremos á los muertos de la Patria, al militar que ha muerto por nuestra bandera; lloremos por ellos»; una civilización que al militar, al soldado que muere en el campo de batalla le honra orando por él á los pies del crucifijo, a los pies de Dios, que muere para que sean una verdad los tres grandes lemas de toda civilización culta: libertad, igualdad y fraternidad.

Una civilización que sabe juntar la Cruz y el cañón (en el túmulo hay una Cruz y un cañón): la Cruz que es la libertad, el cañón que es la fuerza.

La Cruz y la espada, me dictan esta afirmación solemne, que es el pensamiento de esta oración fúnebre. La espada no es el símbolo de la fiereza y del despotismo, sino la defensa del derecho, de la libertad y de la Patria. Por esto los que mueren en el campo de batalla, merecen las bendiciones del Cielo, la oración de la Iglesia y el aplauso de la Historia.

Excmo. é Ilmo. Sr., Sres. Excmos., Señores: Parece que asistimos en el orden moral á una de aquellas épocas prehistóricas de radicales perturbaciones que transformaron al Cosmos, reduciendo á estado fósil las más bellas y primitivas exuberancias de la vida.

Estamos presenciando, en orden a las ideas, una de aquellas conmociones sísmicas, que convirtieron el Océano, lo que antes fué la Atlántida de los poetas, en regiones de civilización y poderío.

El hombre se afana por cambiar la Historia y la Humanidad y modifica radicalmente la conciencia, y no se detiene ante lo que es instinto, ni ante los nobles sentimientos, que son derivado de nuestros principios psicológicos, que preexisten á toda cultura y sobreviven á todo trastorno de la conciencia y á todo rebajamiento del espíritu y á las sacudidas bruscas, profundas, perturbadoras, á que están expuestas todas las civilizaciones, aun las de más arraigo y prestigio.

Diríase que se halla el hombre moderno poseído del delirio, de la manía frenética por una omnipotencia que ni le pertenece, porque no es Dios, ni la merece, porque no sabe respetarse á sí mismo en aquello que tiene de grande y de divino, en aquello que le acredita de hijo de la eternidad, hijo de lo infinito.

El subjetivismo, que es la blasfema apoteosis de Dios, le ha dicho al hombre: tú eres el principio del mundo, de Dios y de tí mismo. Dios, la Historia, el mundo, la vida, no son sino una inmensa auto-sugestión, y el hombre no quiere sugestión, sino realidad; no le placen delirios psicológicos, sino realismos con objetividad indiscutible, y á la vista está á qué desvarios puede precipitar á la Humanidad ese vértigo de orgullo, que se ha pretendido poetizar, llamándolo bello despertar de un siglo.

Estamos en el período más peligroso de la locura del orgullo; en el período álgido de su fiebre persecutoria, de su manía destructora de todo lo grande, de todo lo sublime, que por fuerza de las cosas y por voto unánime de todas las conciencias y de todas las civilizaciones, ha estado siempre por encima del hombre y de sus egoísmos: *Dios y la Patria*.

En el Parlamento de una Nación por muchos títulos gloriosa y desgraciada por otros muchos, se dijo en plena sesión: «El hombre tiene derecho á discutirlo todo y en orden á la discusión en ese despertar de la conciencia universal, es éste: Primero Dios, luego la Patria; primero el sacerdote, luego el soldado. Á Dios ya se le ha arrojado; que siga la discusión..... Guerra á la guerra..... Fuera el Ejército.»

Sin gran esfuerzo de mentalidad se comprende á simple vista que el siglo nuevo es por igual enemigo de Dios y enemigo del Ejército. Blasfema por igual de la Cruz y de la espada. Anticlerical y antimilitarista. Odia profundamente al Templo y al cuartel.

Todos, señores excelentísimos, os explicaréis el odio á Dios. No tan fácilmente se comprende el odio á la espada. ¿Por qué nuestro siglo es antimilitarista? Busquemos su *por qué* en la región del pensamiento, que en estas alturas es donde se inician los desvarios que precipitan al timbre á insensatas y perturbadoras utopías.

Es principio de filosofía de la Historia que toda revolución es una idea que ha bajado de la cabeza al corazón; que pasa del cerebro á la sangre.

¿Cuál es la filosofía del antimilitarismo? Una doctrina insensata le ha dicho al hombre individuo: «Tú eres la Historia; tú eres la Humanidad; sobre ti nadie; antes de ti ¿qué te importa?, después de ti ¿qué te va? Eres de nadie, tuyo y de nadie más; no eres del pasado; no eres del porvenir; tuyo. La Patria..... es una falacia. Y si no hay Patria, ¿para qué Ejército? Si no hay Patria: ¿qué es la espada? Odiosa enseñanza de la opresión. ¿Qué es el militar? El despotismo elevado á profesión.»

Se impugna la espada en nombre de la libertad y se dice : «Libre es el hombre, ¿para qué es la espada? Libertad sin límites, sin las meticulosidades de la moral, sin ingerencias del Derecho, sin escrúpulos de Religión..... Libertad; paso á la libertad. NO TE DETENGAS NI ANTE EL ALTAR NI ANTE LOS SEPULCROS..... Paso á la libertad y caiga la espada. Paso á la libertad y fuera los Ejércitos. Paso, paso á la libertad, y rindan armas los grandes Ejércitos y callen las bocas de acero de las fortalezas y de las grandes escuadras. La libertad es intangible.....»

Se impugna la espada en nombre del progreso (sí, señores; todo se ha profanado (¿?) en nombre del progreso) y se añade:

«El hombre es bueno; la sociedad mala; la sociedad ha instituido las injustas preeminencias de la fortuna. Esa sociedad ha elevado al capital al rango de derecho de propiedad, y *la propiedad es un robo*. ¡Abajo los privilegios de fortunas! El ideal del porvenir, del progreso, es la gran nivelación de las fortunas. La sociedad es la que ha levantado las fronteras como murallas infranqueables de una civilización estacionaria para vivir los grandes egoísmos al amparo de una ficción absurda, de una mentira histórica que el romanticismo llama Patria. El ideal del FUTURISMO es la gran nivelación de fronteras. ¿Y quién defiende la injusticia del derecho de propiedad? La espada. ¿Quién defiende las fronteras de nacionalidad? La espada. Guerra, pues, á la espada. ¡Fuera el Ejército! ¡Fuera el soldado!»

No son los únicos enemigos de la espada los que la han impugnado en nombre de un principio absurdo. La han deshonrado los que la defienden en nombre de una barbaridad jurídica. Alguien ha pretendido que sobre las puertas de los cuarteles debía grabarse esta inscripción : «La fuerza es el derecho. No hay más derecho que la fuerza.» Se ha repetido con los atenienses que «para los fuertes el poder es la sola regla» y con el inglés Tomás Carlyle «la fuerza y el dere-

cho son siempre, á la larga, una sola y misma cosa.» Con Lafontaine «la razón del más fuerte es la mejor», y con otro filósofo (Nietzhe) «que lo fuerte debe ser exaltado sobre lo débil. Nada hay más alto, más supremo que la fuerza.» Nada hay, por consiguiente, ni más respetable, ni más digno, ni más noble que la espada, símbolo de la fuerza, que es la única ley del mundo.....

¡Oh!, no es esto la espada. Si esto fuese, jamás la hubiese ceñido el noble, ni la hubiese besado el caballero, ni la hubiese amado la mujer. Nunca la hubiese bendecido la Religión del crucifijado y vosotros, por dignidad, ahora mismo la hariais pedazos al pie de la Cruz. Si esto es la espada, si esto es el Ejército, si esto es el militar, la fuerza, nada más que la fuerza, jamás las madres hubiesen dado sus hijos al Ejército, ni las esposas hubiesen soltado de sus brazos á sus esposos para marchar al campo de batalla, ni las armas hubiesen sido jamás la noble, la gloriosa profesión de los caballeros, de los grandes, de los aristócratas, de la hidalguía del alma. Jamás las armas se hubiesen dado al abrazo con la literatura como en el Manco de Lepanto; ni con Arastetismo, en las ilustres Órdenes de caballería.

Señores, todos los que ceñís espada, yo apelo á vuestra dignidad. Decidme si en vuestra conciencia de caballeros la espada no es algo más digno, algo más grande.

Señoras, vosotras que habéis organizado esta solemnidad, ¿verdad que en vuestro corazón la espada es algo más que el símbolo de la fuerza?

El corazón, bien lo sabéis, odia al despotismo. El corazón maldice á la opresión, el corazón ama á la libertad y el derecho, al principio de esa libertad y de ese derecho..... y el corazón vuestro siente simpatía por la espada, y esas simpatías profundas y dignas las experimentáis con la expresión más augusta del luto del alma al pie de la Cruz..... Es que sobre la fuerza está el derecho. Es que más alto que los vencedores está la justicia; es que más excelsa que la fuerza es la libertad; es que más arriba que él éxito está la razón y más alto que el vicio vencedor estará siempre la virtud vencida..... Y ésta es la espada. Esa hoja de metal, es el medio con que la Providencia restablece el orden y el equilibrio moral en el mundo, poniendo el derecho sobre la fuerza, la justicia sobre el desafuero, la libertad sobre la opresión y lo justo sobre lo injusto. Esta es la espada en vuestra conciencia, señor excelentísimo y señores que la ceñís, ante la Iglesia que la

bendice, ante la civilización que la honra y ante la Historia que la glorifica. ¡Esta es la espada!

Yo quiero presentarla con toda su gloria, estudiándola en su nobilísima misión. Conocida es aquella afirmación hermosísima de un talento privilegiado (Donoso Cortés): «Tres sentimientos hay en el hombre, poéticos por excelencia: el amor á Dios, el amor á la mujer y el amor á la Patria. El sentimiento religioso, el humano y el político.»

Sí, señores: Dios, lo infinito, es el ideal supremo de toda conciencia sana; y la mujer es amada donde quiera que haya corazón y grandeza, y como dice Lacordaire, aquellos mismos que estamos constituidos en la dignidad del sacerdote y de la castidad eterna, tenemos una madre, acaso una hermana y por consiguiente no estamos exentos de ese amor. La Patria es el amor grande, es el amor sublime que ha enardecido en todas las épocas de la Historia, así á la humanidad culta como á la humanidad bárbara. Estaba reservado al salvajismo de la molicie que marchita, mata y arranca de las conciencias todo ideal noble, la pretensión insana de borrar ante las ideas santas y gloriosas la gloriosa y santa idea de la Patria.

Ahora bien: Dios que fija á los astros la elíptica que han de recorrer en los inmensos espacios y la aprisiona con leyes de fuerza, con precisión matemática que asombra, al hombre le ha señalado sus divinos y excelsos ideales, le ha dictado sus nobles y purísimos amores; los más grandes que podía pensar Dios en su infinito talento, en su corazón infinito: Dios, la Familia, la Patria.

Si para los astros la ley es la fuerza, para los hombres es la libertad el más soberano de los dones que hemos recibido de Dios en el orden de la Naturaleza. Pero esa libertad que recibimos para caminar á lo infinito, puede tornarse en blasfemia. Esa libertad que recibió el hombre para elevar al hueso de sus huesos y carne de su carne á la santidad de la familia, puede degenerar en tiranía, en opresión, en menosprecio de la mujer. Y esa libertad que recibió el hombre para hacer Patria junto á otra Patria, como familia junto á otra familia, con yuxtaposición de amor, puede adulterarla el hombre haciendo de ella egoísmo ruín que perturba y oprime á la Patria hermana.

De la libertad, del abuso de la libertad, procede el abuso de la fuerza y Dios no ha dejado ni la santidad de su nombre, ni lo sagrado de la familia, ni lo santo de la Patria, á merced de los despotismos del

hombre. Como en el seno de los espacios prepara el rayo que parece látigo de fuego en mano del genio de las tempestades, ha hecho nacer la espada de la misma conciencia de la libertad VIN VI. La fuerza con la fuerza. Dios le ha dicho á la libertad: «Toma la espada y amordaza al blasfemo; toma la espada y defiende al santuario de la familia; toma la espada y liberta, y dignifica y levanta á la mujer; toma la espada y detén en las fronteras de tu Patria al enemigo que te perturba; toma la espada y rechaza la fuerza de la libertad abusiva con la fuerza de la libertad que se defiende.»

En el Evangelio hay unas palabras divinas, pronunciadas por Jesu-Cristo. Son ellas el más digno elogio de la espada. NUNC, decía el divino Salvador. Ahora, en que la verdad es oprimida por la mentira; ahora que la Justicia es maniatada por el poder de las tinieblas; ahora que la libertad divina es ultrajada por el abuso de la fuerza y se le hace comparecer al Tribunal de la injusticia humana..... NUNC, ahora, y el que no tiene espada venda la túnica y compre espada.

Señores: yo abro la Historia y ella es un himno glorioso á ese simbolo de la libertad y del derecho armado. ¿Cuáles han sido los ideales por los que ha luchado la espada con más grandeza, con más gloria, y que le han valido los respetos del Templo, los entusiasmos del trovador, gloria inmortal y el aplauso de la mujer? Señores, la espada sólo ha luchado por estos tres grandes y supremos ideales: Dios, el hogar y la Patria; la libertad de su fe, de su corazón y la libertad política; su Templo, su cuna y el sepulcro de los antepasados; sus idealismos de lo infinito; sus idealismos en la cuna, y lo que llamaría Zorrilla, el eco de sus montañas, que es el eco del pasado, que entusiasma al presente, enardeciendo el pecho del soldado, la lira del poeta, los vuelos del genio, empujándole á un porvenir glorioso.

¿Por qué esos entusiasmos por la Patria? ¿Qué es la Patria? El concepto de Patria es, en el terreno filosófico, de difícil explicación. Lo es, señores, la vida, el amor, la belleza, la armonía, lo es nuestro propio yo, y eso que vivimos y amamos, la belleza nos encanta y la armonía nos arrebatada y el yo esta siempre presente á nuestro yo. Así, la Patria, es un algo que á todo corazón exalta, que á toda conciencia entusiasma y que á toda sangre enardece. No es un lirismo; es un algo que corresponde y que está unido íntimamente con nuestro sér fisiológico y con nuestro psíquico, con nuestro espíritu y con nuestras pasiones. Es algo que obra en nosotros de un modo inexplicable,

apriorístico, antes de todo juicio, con anterioridad á todo discurso y que la reflexión aplaude, que el juicio rectifica y que la libertad sanciona. Algo que obra en nosotros á modo de dinámica potentísima, que la libertad no tiene más que encaminar á la justicia y el derecho, como el talento regula la dinámica del Cosmos, y asentándola sobre cintas de acero le dice ¡marcha!

Es, pues, el concepto de Patria algo que no han hecho los hombres, que nace con nosotros, que vive en nuestra sangre á modo de oxígeno que la vivifica y entusiasma.

¿Qué es la Patria? En definirla tal como la sentimos, todas las almas coinciden. Al explicar cómo la entendemos, discrepan casi todos los sistemas. ¿Cómo sentimos la Patria? ¿Cómo la ha sentido la Humanidad? La conciencia del pueblo más grande del mundo, de aquel pueblo que fué guerrero y artista y, sobre todo, el gran pueblo del derecho, que escribió su Derecho romano (que de Roma hablo) ese pueblo que por la ley de la evolución histórica vino á apropiarse de la civilización y los cultos de todos los pueblos, ha sintetizado el pensamiento de Patria en dos palabras las más hermosas, las más grandes que han adivinado el pensamiento de Dios PRO ARIS ET FOCIS, por el Altar y el hogar. El romano se lanzaba al campo de batalla, PRO ARIS ET FOCIS; su espíritu mercantil y aventurero cruzaba los mares, PRO ARIS ET FOCIS; el artista, poeta filósofo, PRO ARIS ET FOCIS; todo lo era el romano por el Altar y por el hogar.

Dios y la Familia. Esta es la síntesis divina que vive en la Historia como sangre de la sangre, alma del alma del hombre.

Un genio, á quien Dios con mano pródiga concedió el soberano don de la palabra, hablando de la Patria dice: «La Patria nos recuerda nuestra inocencia, nuestra cuna, las primeras palabras que balbucearon nuestros labios, las primeras oraciones, el primer amor que agitó nuestro corazón; la Patria nos da de su misma tierra los átomos que componen nuestro cuerpo; de su mismo jugo la sangre que corre por nuestras venas; de su sol el calor de nuestra vida; la Patria cobija á todos los seres que amamos y guarda todos los que lloramos.»

El gran artista de la palabra cierra su himno á la Patria con este broche de oro: «El hombre, síntesis suprema de la Creación, compuesto de espíritu y materia, no puede nunca dejar de sentir que la tierra en que ha nacido es parte de su mismo sér, de su propia sustancia. Por eso, todos los pueblos en los supremos trances de la His-

toria, cuando la Patria peligrara, han tenido héroes que la salvaran y mártires que murieran en su defensa.»

Otro genio pensador y profundamente católico y jurista eminente, define la Patria: «Es la tierra de nuestros antepasados, el campo paterno donde dejamos las huellas de nuestros primeros pasos, el hogar junto al cual crecimos con las alegrías y los dolores, la familia en donde aprendimos las primeras, las imborrables lecciones de la verdad y de la virtud.»

Dios que ha hecho el corazón, ha hecho la familia; Dios que ha hecho la familia ha hecho el ideal de la Patria.

Ni conocen á Dios, ni conocen al hombre los que en aras de un mal entendido amor universal, pretenden hacer borrar las fronteras de Patria. Creced, dijo Dios, y ese es el mandato de la paternidad divina. Creced, y del hombre y de la mujer, amándose, procedió la familia. Creced, llenad la tierra, y de la familia surgió el pueblo. Creced, y esta palabra cuyo eco repercute en el tiempo, como lanzó los astros en el espacio, hacer surgir los pueblos y las patrias en la Historia. Y cuando ya todos los pueblos tenían su historia en la plenitud de los tiempos del poderío de las grandes naciones, Jesucristo pronuncia aquellas palabras divinas: «Amáos los unos á los otros»; y así como este mandato jamás lo ha interpretado la conciencia regenerada por condenación de la familia, tampoco los ha podido considerar jamás como condenatoria del nobilísimo sentimiento de la Patria.

Sin estas palabras, la condenación más autorizada y más terrible del egoísmo y la injusticia sería no ver en la Patria de los demás, sino un enemigo á quien explotar y oprimir.

En este siglo positivista, yo oigo que se pregunta: —¿Se puede morir por la Patria? ¿Vale la pena de morir por la Patria? Y yo á mi vez pregunto, señores:—¿Se puede morir por Dios, por la fe del alma, por los derechos del corazón? ¿Vale la pena de morir por la libertad? La Patria es la síntesis de la libertad en sus dos sublimes aspiraciones. La libertad que aspira á lo infinito, y la libertad que poetiza una cuna y venera un sepulcro. En el sepulcro se ve á sí mismo vivir en el pasado; en la cuna se ve viviendo en el mañana, y en el Templo se ve á sí mismo viviendo en la eternidad.

Señores: Jesucristo se cuenta que sólo dos veces lloró. Por una desgracia de un hogar querido y por su Patria. ¡Oh, ideal de la Patria, cuán sublime eres, cuán grande, que mereciste las lágrimas de

Dios para que jamás fueses arma de opresión ni de tiranía fratricida, para que multiplicándote en la Historia fueses el amor que se dilata, la libertad que se expansiona; mereciste la sangre de Dios, que murió, para que los hombres fuesen unos en el amor: aunque diversos en hogar. Unos en la caridad, aunque distintos en Patria.

¡Oh, santo ideal de la familia, cómo vela por tí la Providencia divina! Cuando el hombre faltando á su ideal del amor á la Humanidad oprime á la Patria hermana, Dios envía al ángel de las batallas y armando el brazo del guerrero, le dice: «Salva a tu Patria»; y la guerra justa no es sino el arte por el cual una Nación resiste á la injusticia á precio de su sangre. ¡Oh, sí; la sangre es la vida de la Historia, porque es la Redención de la libertad. La sangre que se derrama en el campo de batalla no se la bebe la tierra; se evapora, y en esta evaporación sube y sube hasta el Dios de la Providencia, hasta el Dios del derecho y de la Patria.

Ya lo habéis visto. Los dos grandes signos, los más augustos de la Historia, son la Cruz y la espada. La Cruz, redención de la libertad. La espada, defensa de la libertad. La Cruz, simbolo de la fraternidad de los pueblos. La espada, simbolo de la reflexión, simbolo de la fuerza de la Patria, que se defiende de la audacia y de la injusticia. ¡Gloria á los vivos que lucharon en defensa de la Patria! ¡Gloria á los muertos que sucumbieron en defensa de la bandera! ¡Gloria á los muertos! Su nombre es el orgullo de nuestra Historia; su sangre, garantía de un porvenir glorioso. ¡Gloria al soldado español que ha sabido morir como valiente!

Excelentísimos señores: Ante la memoria del soldado que muere por la Patria, el Ejército desfila en columna de honor, la civilización eleva monumentos de memoria imperecedora, la Iglesia eleva á lo infinito el sacrificio expiatorio de la débil humanidad que acaso en la defensa de la Patria, junto con el sublime ideal, ha puesto un algo de su pequeñez, pagando el tributo á la humana flaqueza. Y hace más la Iglesia.

De aquí á breves momentos, junto al sepulcro, el Prelado cantará un himno que no es fúnebre; es el himno sublime de la esperanza junto al sepulcro. ¡Dios de la eternidad, busca para ellos la perpetua claridad de la gloria delante de Ti, y descansen en la paz del honor junto á la Cruz de la resurrección!.....

Como sacerdote, como patriota, permitaseme terminar esta ora-

ción fúnebre, imitando una frase célebre: «Ha muerto el Rey, viva el Rey». Soldados de mi Patria han muerto en el campo de batalla. No importa; ¡Viva el Ejército!

*
* * *

Al final de la Misa, que fué una de las de *Requiem* del inmortal Eslava, entonó el señor Obispo un responso y la capilla de música ejecutó el del maestro Zapirain.

